

## Angus Deaton & Tomás Piketty: Dos visiones sobre el crecimiento y la desigualdad\*

El presente documento se ha preparado con ocasión de la realización del foro “Crecimiento y equidad: El desarrollo y el verdadero significado de la libertad”, que se llevará a cabo en Bogotá el 1° de septiembre y contará con la participación el profesor Angus Deaton, Premio Nobel de Economía de 2015. Este espacio de discusión se ha convocado con el propósito de promover un debate informado sobre la desigualdad en Colombia y los desafíos que plantea el cierre de brechas entre la ruralidad y los centros urbanos – especialmente en un contexto de fin del conflicto – así como aportar elementos que contribuyan al diseño de las políticas públicas y a la toma de decisiones por parte del Gobierno y de los empresarios.

\* Autores:

Juliana Buenaventura Andree, Daniel Perry Gómez, Investigadores, Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olózaga

Nicolás Zuleta Pinedo, Investigador Asistente, Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olózaga

Roberto Cajamarca Gómez, Experto Asociado, Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olózaga

**E**l presente documento resume las tesis centrales de Angus Deaton y Thomas Piketty en sus obras “El Gran Escape: Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad” y “El Capital en el siglo XXI”, con relación a la problemática de la desigualdad a nivel global. Para Deaton, a pesar de la persistencia de grandes brechas de inequidad, los avances tecnológicos y en el campo de la

salud han generado niveles de prosperidad y calidad de vida sin precedentes. Para Piketty, el alto nivel de desigualdad global representa un retroceso en materia de desarrollo económico. Sin embargo, a pesar de aparentar posiciones contrarias, sus propuestas coinciden en la necesidad mantener instituciones fuertes y eficientes que fomenten el crecimiento del sector privado como eje de la prosperidad social.

## INTRODUCCIÓN

Las sociedades modernas enfrentan el desafío de superar un dilema aparente: en ocasiones, un mayor crecimiento económico está acompañado de un aumento de la desigualdad. Este fenómeno es inquietante, en especial, porque puede ocasionar retrocesos en las libertades políticas, económicas e individuales conquistadas por las sociedades liberales, y en particular sobre el principio de la libre empresa.

Expertos y académicos han planteado diversas perspectivas sobre el crecimiento, el desarrollo y la igualdad, y han propuesto distintas recomendaciones de política pública para alcanzar estos objetivos. Algunas de estas voces se han referido a la manera como las instituciones deben entender el papel del sector privado en el logro de un mayor bienestar para la población, o a la forma como el Estado debe ejercer su rol de regulador y proveedor de bienes y servicios públicos.

A continuación se resumen las perspectivas propuestas en “El capital en el siglo XXI” de Thomas Piketty y “El gran escape: salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad” del Premio Nobel de Economía 2015, Angus Deaton, quienes abordan los grandes retos que plantean el desarrollo y la superación de la pobreza en el mundo contemporáneo.

## THOMAS PIKETTY: “EL CAPITAL EN EL SIGLO XXI”

La obra de Piketty busca responder si la dinámica actual de acumulación de capital privado conlleva a la concentración de la riqueza en pocas manos, o si las fuerzas del mercado, el crecimiento, la cooperación y el desarrollo tecnológico logran reducir la desigualdad y las tensiones sociales en el largo plazo. Para ello se vale de un método innovador de recopilación y análisis de datos que le permite trazar una tendencia a futuro de la riqueza y la desigualdad, con base en su comportamiento histórico. Sus conclusiones cuestionan el argumento clásico respecto de que la desigualdad disminuye en la medida en que los países se industrializan.

Para Piketty la desigualdad es más un reflejo de decisiones políticas que una consecuencia de los mecanismos del mercado. Para explicar lo anterior, identifica una fuerza de convergencia en la que el crecimiento económico, acompañado de una transferencia tecnológica de regiones ricas a pobres, promueve en principio una distribución justa. No obstante, los ricos, al asegurar que sus

beneficios políticos y económicos sean protegidos, perpetúan la desigualdad. La fuerza de divergencia, entonces, se da cuando el retorno del capital es mayor al crecimiento económico.

Así, la relación entre el trabajo, el capital y el crecimiento se reflejan en la desigualdad de una sociedad. Si hay un in-

*Las sociedades modernas enfrentan el desafío de superar un dilema aparente: en ocasiones, un mayor crecimiento económico está acompañado de un aumento de la desigualdad*

crecimiento insignificante en el capital, por desactualización de la tecnología, por ejemplo, habrá como consecuencia una disminución en los retornos esperados. Ya que el estancamiento tecnológico representa un menor crecimiento, la disponibilidad de empleo también se reduce. De manera contraria, un incremento significativo en el capital conduce a una reducción mínima de los recursos, ya que el uso de tecnología o la presencia de la competencia, incrementa la disponibilidad de trabajo.

Para el autor son, precisamente, la innovación y el crecimiento económico, los factores que permiten nuevas oportunidades para la creación de fortunas y que limitan la dependencia del patrimonio no productivo. No obstante, el comportamiento histórico de la economía mundial ha sido el contrario, exceptuando Estados Unidos en su fundación (excluyendo el sur del país) y durante la posguerra, hasta finales de 1970. En general, el retorno del capital, siendo mayor que el crecimiento económico, ha concentrado la distribución de riqueza.

Para Piketty, una justa distribución de ingresos debe reflejar la demanda y oferta de trabajo en una economía, y también los niveles de productividad de cada agente económico. Por ello, la desigualdad actual en los Estados Unidos es asimilable a la de Europa en el siglo 19, ya que, aunque ciertas fortunas se atribuyen a méritos propios, muchas se deben a los sueldos excesivos de los “super ejecutivos”, cuyos ingresos pocas veces se atribuyen a una diferencia notoria en productividad con respecto al americano promedio. Estas fortunas, además, serán parte de los patrimonios familiares de futuras generaciones, de manera semejante al sistema desigual de la Europa aristocrática.

En el caso estadounidense, el aumento de la desigualdad se convirtió en un problema de estancamiento estructural, es decir, una desaceleración del proceso de acumulación y el deterioro de las fuentes de expansión de la economía. En 1980, un tercio de los ingresos de trabajo se distribuyó entre el 10% más rico, pero entre 1980 y 2010, este grupo recibió el 48% de los ingresos. La disminución del poder adquisitivo de la clase trabajadora, acompañada de incentivos al crédito excesivo, creó un desfaldo en el sistema financiero.

En este contexto, el rol del Estado en la optimización del

capital disponible y el crecimiento económico es crucial. De hecho, el autor evalúa su papel histórico en la industrialización y concluye que los países que se han enriquecido lo han hecho autofinanciando su proceso industrial con ahorros domésticos, en lo que el Estado ha sido clave. En cambio, en otros países, el abandono estatal y la consecuente debilidad institucional se reflejan en menores ingresos.

Pero de manera más explícita, Piketty identifica el papel de la política macroeconómica en la distribución de recursos. Para ello analiza la evolución histórica de la deuda pública británica, que durante el siglo 19 se incrementó en un 200% de la renta nacional, aumentando así el capital privado, ya que era la clase adinerada quien prestaba al Gobierno. Sin embargo, entre el final de la Primera y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, y durante la posguerra, la política económica tomó un carácter visiblemente más distributivo. Usando la inflación como instrumento macroeconómico, el Gobierno pudo pagar su deuda a un valor real inferior al original. De esta manera, el capital privado disminuyó mientras el público aumentó, lo que permitió crear un estado benefactor que redujo los índices de desigualdad. Piketty llama a esto la “eutanasia de la clase rica”, ya que los retornos reales de ésta como prestamista fueron negativos.

El regreso a los niveles preindustriales de desigualdad ocurrido a partir de 1980 refuerza la idea de la influencia de

los intereses de los ricos en la estructuración de las políticas públicas. En estos años se impuso el control de la inflación como instrumento macroeconómico, lo que sirvió también para asegurar un retorno positivo a prestamistas y rentistas, elevando así el capital privado, en detrimento del público. Por ello, para Piketty, el control de la inflación representa la influencia entre las élites económicas sobre las políticas públicas.

Un alto nivel de desigualdad es una amenaza al sistema democrático, que requiere una democratización económica, además de política. Por ello Piketty resalta la importancia de modernizar el rol tributario del Estado social para contrarrestar los efectos del exceso acumulativo de capital improductivo en la desigualdad. En Francia, por ejemplo, el sistema tributario funciona de manera regresiva, el 90% paga entre 40 y 50% de sus ingresos en impuestos mientras el 10% más rico paga 35%. En los demás países occidentales, el impuesto al patrimonio es menor al de in-

*Piketty identifica el papel de la política macroeconómica en la distribución de recursos*

gresos, lo que favorece a la clase adinerada. Piketty propone la introducción de un impuesto global progresista al capital para contrarrestar estas legislaciones. La función del impuesto sería retomar el control sobre el capitalismo financiero globalizado, para contrarrestar la competencia por exenciones tributarias y bajos impuestos, que ha probado ser un mecanismo para acomodar a la clase adinerada entre la élite política.

Idealmente, este sería un impuesto global al capital, pero Piketty es consciente de que ello requiere superar los conflictos geopolíticos y establecer de qué manera se redistribuiría la renta global, lo cual supone un mundo en estado de paz. Sin embargo, el impuesto puede cimentarse sobre un marco legal para la actividad económica que se base en la transparencia financiera. Su aplicabilidad dependería de compartir la información financiera bancaria, reportar los patrimonios e implementar nuevos tratados internacionales. El impuesto al capital funcionaría de forma diferente al impuesto a la herencia, ya que al ser anual y más moderado, aseguraría un recaudo de hasta el 2% del PIB de la Unión Europea, si todos los países de ésta lo implementaran.

Piketty aclara que el impuesto no contradice el mercado liberal, ya que no se trata de expropiar ni de prohibir, sino de volver costoso el patrimonio no productivo. Un empresario que gane el 10% sobre su patrimonio no sería afectado por el impuesto, pero sí aquel que lo tenga inactivo. Piketty argumenta que el impuesto es la menos autoritaria de las alternativas, pues actúa dentro del marco capitalista liberal para asegurar el beneficio común. Además, evitaría los riesgos del control sobre la propiedad privada, el proteccionismo, del exceso de control al capital, la resistencia a la inmigración, y el control de la élite económica sobre el sistema político, como se expone a continuación.

Primero, el autor resalta que no pueden replicarse las fallencias del experimento socialista, cuya mayor error fue el de atentar, de manera totalitaria e incluso violenta, contra la libertad individual y la propiedad privada en su lucha contra la desigualdad producida por la concentración del capital, ignorando que la propiedad privada es útil para coordinar acciones sociales y económicas.

Segundo, Piketty rechaza el proteccionismo como un sistema ineficiente que, además, sufre de los mismos vicios

que la acumulación excesiva de capital. Aunque el proteccionismo asegura la soberanía gubernamental sobre la economía, limita el mercado poniendo en riesgo la competitividad y, por ende, el crecimiento económico que se requiere para que el retorno del capital no detenga las oportunidades de creación de nuevas riquezas. Así, el proteccionismo perpetúa la concentración de riquezas y no su distribución.

Tercero, el control al capital, aunque funcione como regulador y genere disciplina tributaria, es contrario a los valores democráticos, representa un riesgo para la libertad individual, y requiere de un cambio filosófico y cultural sobre la función de la propiedad privada.

Finalmente, Piketty critica la idea de que la inmigración redistribuye el ingreso, porque no combate la desigualdad en términos globales. Su virtud se encuentra en el incentivo y la oportunidad de superación para quienes nacen en regiones pobres y se movilizan hacia los países ricos. No obstante, el libre movimiento de trabajadores no conlleva a una transferencia de productividad entre regiones. Por eso, a pesar de ser favorable para el crecimiento económico, no combate la desigualdad sino que la pospone.

*Para Piketty, el control de la inflación representa la influencia entre las élites económicas*

De esta manera, el objetivo de Piketty es introducir un impuesto global al capital para combatir la desigualdad en una economía globalizada. Su propuesta reconcilia las tensiones entre el sistema impositivo y un esquema capitalista basado en la libertad y los valores democráticos, a partir de la armonización de la justicia social con la defensa del individualismo.

### **ANGUS DEATON: “EL GRAN ESCAPE: SALUD, RIQUEZA Y LOS ORÍGENES DE LA DESIGUALDAD”**

En “El Gran Escape”, Angus Deaton, profesor de economía y asuntos internacionales de la Universidad de Princeton, y ganador del Premio Nobel de Economía 2015, parte de la premisa de que hoy, y a partir de la Revolución Industrial, la vida del ser humano es mejor de lo que ha sido en cualquier otro momento de la historia.

Deaton empezó a escribir esta obra con base en los apun-

tes que tomó mientras leía “El escape del hambre y de la muerte prematura, 1700-2100” de Robert Fogel. El título está relacionado con la película del mismo nombre, cuya trama explora el fervor y la firme creencia en la libertad del hombre, aún en circunstancias difíciles o imposibles. Según Deaton, el mundo moderno ha presenciado el escape más grande de todos: la emancipación de la enfermedad, la muerte y la pobreza de millones de personas. En algunas partes del planeta, el crecimiento económico y el bienestar material han aumentado, mientras las tasas de mortalidad han disminuido. Hoy, la gente está viviendo vidas más prolongadas y más ricas.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, que dejó a Europa en el desorden económico y social, los países más ricos han crecido rápidamente, primero reparando el daño y después avanzando hacia nuevos niveles de prosperidad. A pesar de las predicciones fatalistas, la explosión demográfica no hundió al mundo en la hambruna. No sólo disminuyó la mortalidad, sino que ha ocurrido un escape masivo de la pobreza y las privaciones. Deaton sugiere que la verdadera fuente de esta prosperidad no ha sido la tierra ni los recursos naturales que un día podrían extinguirse, sino las personas.

Por un lado, mientras hubo una disminución sin precedentes en la mortalidad infantil, los anticonceptivos permitieron regular la fertilidad de modo barato y eficaz. Por primera vez, los padres no se preocuparon por el número de hijos que nacían, sino por el número de quienes sobrevivían.

Deaton destaca además el papel de la globalización. En un mundo interconectado, la innovación (sobre todo en el campo de la salud y la medicina) se difunde más frecuentemente de un país a otro. Por ello no sorprende el rápido crecimiento económico en varios países y cómo éste ha sido esencial para la emancipación de la pobreza de millones de personas. La clave, agrega, está en la educación, que permite que los individuos apliquen los conocimientos adquiridos en sus propias vidas, tanto en lo que respecta a su salud, como a su actividad laboral, y que sean conscientes de lo que el Gobierno podría hacer por ellos.

Sin embargo, y a pesar del gran desarrollo que ha alcanzado la humanidad, millones de personas continúan vivien-

do en la pobreza, y aún existen quienes sucumben a muertes prematuras. El enriquecimiento material y el acceso a la salud no se producen de manera homogénea, por lo que Deaton argumenta que la desigualdad es, frecuentemente, una consecuencia del progreso. Según su argumento, el progreso en salud crea brechas en salud, del mismo modo que el progreso material crea brechas en los estándares de vida, por lo que considera a las desigualdades en el acceso a la salud como una de las grandes injusticias del mundo moderno. En este sentido, la relación entre los estándares de vida y la salud es la base sobre la cual discute, define y mide el concepto de “bienestar”.

Las preguntas más apremiantes que aborda el autor están relacionadas con la salud y el ingreso: ¿Por qué los pobres (tanto en países desarrollados como en vía de desarrollo) son más propensos a morir que los ricos? y ¿las brechas en salud tienen que ver con las diferencias en el ingreso? La respuesta intuitiva indica que un ingreso más alto hace que la gente sea más saludable. Sin embargo, este no es el caso actual, según Deaton, quien propone que el avance contemporáneo en ambos rubros se debe al desarrollo de nuevos conocimientos productivos y sanitarios.

Deaton hace un recuento de los avances médicos, y de su impacto en la salud y la supervivencia del ser humano a lo largo de la historia. Señala que, entre 1550 y 1750, la esperanza de vida de las familias de la aristocracia europea era igual o mejor a la de la población en general, ya que tenían mejor salud que las poblaciones más pobres y de estatus más bajo. Este fenómeno lo denomina la “gradiente” de salud y menciona que su existencia se remonta hasta la antigua Roma.

No obstante, Deaton refuta la teoría que asocia la nutrición y la esperanza de vida como explicación a dicha diferencia entre clases sociales. Para él, la razón primordial reside en el acceso y la aplicación de mejor información y conocimientos en general. En el caso citado, los ricos tenían una ventaja comparativa evidente sobre los pobres, que se traducía en más años de vida. Pero gracias a los avances científicos modernos, en especial la teoría de las enfermedades causadas por los gérmenes (que hizo posible la implantación de una infraestructura pública de salud, en particular en relación con el agua limpia), pero también a muchos otros cambios de comportamiento en la po-

*Según Deaton, el mundo moderno ha presenciado el escape más grande de todos: la emancipación de la enfermedad, la muerte y la pobreza de millones de personas*

blación, se redujeron distintas causas de infección. Otros avances, como el descubrimiento de los daños pulmonares que causa fumar, los tratamientos para manejar la tensión o la terapia de rehidratación para combatir la diarrea, han sido primordiales para alcanzar los niveles de salud que gozamos hoy. Las medidas de salud pública, como las jornadas de vacunación y el saneamiento básico, también han sido efectivas para el cierre de las brechas en el acceso a la salud.

Deaton menciona que, gracias al poder de la información, algunos avances que habían tomado un siglo en los países líderes, han podido suceder más rápidamente en los países rezagados. La mortalidad infantil y el padecimiento de otras enfermedades han tenido impactos menos severos en países en vía de desarrollo de lo que tuvieron en su momento en países hoy desarrollados. Todo esto ha ayudado a que poblaciones de países donde el ingreso no ha aumentado significativamente, hayan podido alcanzar niveles mayores de expectativa de vida. Ejemplos abundan. Deaton presenta el caso de Bolivia, Honduras y Nicaragua, que a pesar de experimentar niveles de crecimiento bajos durante 20 años, lograron avances significativos en salud. También cita el caso de Botswana, que es el país africano de mayor crecimiento económico, pese a que cerca de 25% de sus habitantes son VIH positivos. Para terminar, menciona a Estados Unidos, donde el ingreso per cápita y la inversión en salud es alta pero el servicio, deficiente. Esto último resulta interesante pues implica que más dinero no significa mejor salud.

No obstante, las cifras de mortalidad infantil aún son alarmantes en muchos países, hecho que Deaton atribuye al fracaso de la acción colectiva para abordar problemáticas de salud pública, debido a la tolerancia popular a la falta de acción y al abandono público. Según Deaton, la manera más eficiente de mejorar las capacidades individuales y la situación socioeconómica colectiva es mediante el fortalecimiento de las instituciones públicas. Sin éstas, proveer servicios básicos en salud u organizar la producción de la mejor manera será complejo, lo que impedirá resolver el problema de la pobreza en su conjunto. El Estado debe ser el actor que permite a su población escapar de la miseria. Sin embargo, Deaton critica las medidas de control de

natalidad por parte de ciertos gobiernos, como la esterilización voluntaria en la India (de la cual cuestiona el componente voluntario), o la política de un solo hijo de China, que cataloga como uno de los más graves crímenes perpetrados por un gobierno moderno en contra de su pueblo. Según Deaton, estas medidas, apoyadas en ocasiones por instituciones internacionales, se encontraban inspiradas en la preocupación occidental por la sobrepoblación, y demostraban una comprensión muy limitada de las vidas de las personas a quienes nominalmente trataban de ayudar. De esta manera, concluye que, en lugar de ayudar a eliminar la desigualdad global, los países ricos la aumentaban.

Deaton reconoce que los mayores índices de desigualdad se presentan intra-nacionalmente, principalmente en materia de ingresos, pero también en acceso a la salud. En los Estados Unidos, la marginalización de los pobres contribuye a la desigualdad, en particular en materia de salarios. El autor discute las condiciones socioeconómicas de los inmigrantes y los afroamericanos, para concluir que la carencia de poder político de los pobres es lo que ha permitido que, mientras el ingreso promedio se estanca, se disparan los ingresos (y se reducen los tributos) del 1%, y en particular del 0,1% más rico de la población.

Deaton también ofrece una perspectiva sobre cómo la desigualdad afecta al progreso. Por una parte, puede funcionar como un incentivo. Ilustra el argumento explicando que, al entender el poder de la educación, los niños de la India se ven motivados a asistir al colegio. No obstante, también considera que hay efectos negativos, por ejemplo, si los nuevos ricos usan su riqueza para incidir en la toma de decisiones políticas relevantes en detrimento de la educación pública o la seguridad social, por no necesitar ya de estos beneficios.

Teniendo en cuenta lo anterior, Deaton cuestiona si deberíamos preocuparnos por la desigualdad mundial. Argumenta que la desigualdad nos habla sobre la justicia. Como ejemplo, utiliza otra vez el caso de Estados Unidos, donde se debate si la desigualdad en ingresos es en sí misma injusta. Comenta que, a nivel nacional, los ciudadanos, a pesar de los obstáculos que puedan enfrentar, tienen un sistema de justicia al cual pueden escalar estas conversaciones. Sin embargo, a nivel internacional, no existe un

*Según Deaton,  
la manera más  
eficiente de mejorar  
las capacidades  
individuales  
y la situación  
socioeconómica  
colectiva es mediante  
el fortalecimiento  
de las instituciones  
públicas*

“gobierno mundial” al cual la gente le deba lealtad o que tenga la capacidad de afrontar las desigualdades internacionales que se consideren injustas.

Deaton, al igual que algunos de sus contemporáneos (Bauer, Myrdal, Seers y Easterly), es crítico de la ayuda externa. Considera que bajo las condiciones actuales, estos flujos de capital resultan corrosivos y empeoran la situación de los países beneficiarios. En su opinión, el llamado “enfoque hidráulico”, que sostiene que mantener el flujo de recursos de países ricos a países en desarrollo reducirá la pobreza en los segundos, está equivocado. Esto se ve claramente en África, donde la participación de la ayuda externa en el ingreso nacional es abrumante. En años recientes, los países del África Subsahariana han recibido cerca de 20% de su PIB de fondos provenientes de otros países. En al menos 10 países, esta relación ha llegado al 75% del gasto gubernamental en los últimos años. Dado que los gastos gubernamentales suelen ser financiados por donantes y no por los contribuyentes, se acaba respondiendo a las expectativas de los primeros y no de los segundos, entorpeciendo los principios fundamentales de la participación democrática.

En particular, Deaton observa que determinar si un proyecto subvencionado con ayuda externa es exitoso no implica que se vaya a identificar con precisión lo que funciona o no funciona. La razón es simple: la mayoría de éstos funciona mejor en su etapa experimental que cuando empieza a consolidarse. Esto es importante porque los proyectos experimentales que demuestran tener potencial, real o no, pueden desviar recursos que otras iniciativas con más bagaje necesitan para progresar. Además, en la evaluación de proyectos es común exagerar los rendimientos del trabajo realizado. En el caso específico de la agricultura, lo anterior se ha traducido en un aumento exagerado de la oferta. Si bien esto beneficia a los consumidores porque los precios bajan, los productores se ven afectados, lo que perpetúa el ciclo de pobreza rural.

## CONCLUSIONES

Tanto Thomas Piketty como Angus Deaton, aportan ideas para cambiar la tendencia de la coyuntura actual. Los dos

conciernen en la importancia de que el Estado cuente con instituciones fuertes y eficientes, capaces de responder a las necesidades de sus ciudadanos. El Gobierno debe establecer las herramientas y los parámetros bajo los cuales la sociedad en su conjunto ayudará a salir a sus clases más desfavorecidas de la pobreza.

Deaton hace énfasis en la necesidad de acrecentar el capital humano para que cada quien pueda aplicar el conocimiento que ha adquirido, en mejorar los diferentes aspectos de su vida personal y profesional, y en cuestionar e influir en las acciones del Gobierno. El factor diferenciador para él está en la aplicación del conocimiento, que debe enmarcarse dentro de unas acciones gubernamentales claras y sensatas, y contar con la tecnología apropiada.

No obstante, Deaton subestima el rol del crecimiento económico y del aumento de los ingresos en la producción de conocimiento en general, hasta el punto en que afirma que solo influye desde la demanda. Como ejemplo, expone que el aumento de infecciones en las ciudades donde ocurrió la revolución industrial, llevó a buscar maneras para reducir su efecto. Si bien esto es cierto, existen al menos dos canales más a través de los cuales el aumento del ingreso puede producir conocimiento: la mejora de las herramientas científicas y el aumento de la voluntad de pagar por las innovaciones. Tal es el caso del descubrimiento de los agentes antimicrobianos de sulfonamida en 1930, que resultaron ser un medio más eficiente para tratar infecciones bacteriales que la penicilina. Éstos fueron encontrados en la industria de los colorantes, utilizando métodos equiparables con la función actual de un departamento de Investigación y Desarrollo. Esto sugiere que, sin un crecimiento económico constante, el desarrollo de conocimiento se habría estancado en algún punto.

Para intentar aplicar las hipótesis de Deaton en la problemática de desigualdad colombiana, es importante iniciar refiriéndose al sistema educativo. Si bien se han hecho avances, persisten muchas falencias. Hay grandes brechas en calidad y cantidad de servicios entre las zonas rurales y urbanas, y entre las clases pudientes y las desfavorecidas. Hay un desarrollo muy incipiente en las formaciones técnicas, pues hay mayores incentivos para cursar una carrera profesional (estatus social y sueldo a futuro,

*El Gobierno debe establecer las herramientas y los parámetros bajo los cuales la sociedad en su conjunto ayudará a salir a sus clases más desfavorecidas de la pobreza*

entre otros). La absorción de mano de obra capacitada es reducida, no hay grandes centros de investigación y existen muchos obstáculos al emprendimiento, lo que dificulta la aplicación eficiente y efectiva del conocimiento adquirido.

Aunque Deaton analiza de manera extensiva los efectos del ingreso sobre la salud, no parece considerar que la relación causal pueda ir en la otra dirección. Otros economistas proponen que hay un efecto estructural importante de la salud sobre el ingreso. Para Jeffrey Sachs, mejorar la salud y garantizar la longevidad de los pobres es un fin en sí mismo, pero también un medio para alcanzar otras metas relacionadas con la reducción de la pobreza. La relación entre salud, reducción de la pobreza y crecimiento económico en el largo plazo es mucho más fuerte de lo que se cree. A modo de ejemplo, expone el caso de las regiones de menores ingresos de África Subsahariana, donde la enfermedad se erige como barrera para el crecimiento económico.

El sistema de salud colombiano enfrenta cuellos de botella similares a los de la educación. Existen diferencias abismales en la prestación de servicios dependiendo de la ubicación de la persona y de su poder adquisitivo. La infraestructura en las zonas más pobres es extremadamente deficiente y los servicios suelen ser onerosos.

Deaton adopta una posición bastante rígida en contra de la ayuda externa. Considera que bajo las condiciones actuales, estos flujos de capital empeoran la situación de los países beneficiarios. Aunque el caso africano descrito por el autor dista mucho del colombiano, el Estado debe crear las condiciones propicias para que la iniciativa privada, extranjera y nacional, pueda florecer. Muchas de las problemáticas que se abordan a través de organizaciones no gubernamentales y ayuda externa podrían solucionarse de manera innovadora desde las empresas.

Piketty, por su parte, argumenta que el crecimiento económico, impulsado por la innovación, debe ir acompañado de un impuesto al capital, para asegurar que los patrimonios inactivos también contribuyan a la generación de empleo, y que los ricos tengan incentivos para producir. La mayor virtud de la tesis es que se trata de una solución al

problema de la desigualdad desde el libre mercado, y con un enfoque de largo plazo. En Colombia, no gravar la tierra no productiva premia el enriquecimiento y obstaculiza el desarrollo. En este caso, si se sigue la lógica de Piketty, un marco impositivo podría ser catalizador de progreso.

Piketty también reconoce que un Estado benefactor debe abarcar las necesidades de educación, salud, y pensiones, para garantizar seguridad social a sus ciudadanos. Para muchos economistas clásicos, esto implicaría administrar hasta tres cuartos de la renta nacional. Piketty acepta que la viabilidad de dicha idea está obstaculizada por las características burocráticas del Estado. En este sentido, la modernización del Estado social implica una reestructuración que logre cobijar los intereses de sus ciudadanos a largo plazo. Una reforma tributaria en la coyuntura colombiana no será exitosa sin una reforma al sistema operacional del Estado que reduzca las ineficiencias en el manejo de los recursos públicos.

Finalmente, Piketty cuestiona que la política económica se ha divorciado de sus orígenes, adoptando un lenguaje técnico que se olvida de la relación del individuo con el cambio social. Para realizar cambios de fondo es necesario

identificar y comprender los cambios sociales, para luego desarrollar políticas públicas que aborden las problemáticas actuales. En concreto, a pesar de que una reforma al sistema impositivo sea necesaria para abarcar los cambios estructurales del sistema político, se debe evitar que ésta sea miope frente al progreso de largo plazo.

## EPÍLOGO

A pesar de haber registrado un desempeño favorable en materia de crecimiento económico durante la última década, Colombia aún lucha por hacer frente a la grave problemática de la desigualdad. No sólo existe el reto de cerrar las brechas entre los sectores más pobres y los más ricos de la sociedad, sino también entre el campo y la ciudad, pues persiste la marginalidad, a pesar de la implementación de políticas sociales basadas en transferencias condicionadas.

Atender este desafío de una manera estructural y sostenible, demanda de soluciones que trasciendan la asignación

*Muchas de las problemáticas que se abordan a través de organizaciones no gubernamentales y ayuda externa podrían solucionarse de manera innovadora desde las empresas*



## en contexto 7

de subsidios, financiados desde el presupuesto nacional. La buena marcha del sector empresarial es determinante para superar las barreras de la desigualdad y resulta indispensable valorar su rol como promotor de desarrollo y bienestar en la sociedad. Sin embargo, en la actualidad, los empresarios enfrentan importantes desafíos. La confianza inversionista se ve afectada por múltiples factores que deben ser atendidos si se quiere lograr un sector privado fuerte, que genere crecimiento, desarrollo y bienestar. Colombia se encuentra en un período de transición que

puede impulsar la economía hacia un futuro más incluyente. En este contexto, los argumentos sobre el bienestar, el crecimiento y la desigualdad se deben posicionar en uno de los primeros lugares de la agenda pública y del diseño y ejecución de las políticas por parte del Estado. A pesar de abordarse de manera diferente en los ámbitos político, empresarial y económico, todos comparten la urgencia de elevar los niveles de crecimiento, y que éste se traduzca en una mejora sustancial de la calidad de vida de los ciudadanos.



***E**l presente documento resume las tesis centrales de Angus Deaton y Thomas Piketty en sus obras “El Gran Escape: Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad” y “El Capital en el siglo XXI”, con relación a la problemática de la desigualdad a nivel global. Para Deaton, a pesar de la persistencia de grandes brechas de inequidad, los avances tecnológicos y en el campo de la salud han generado niveles de prosperidad y calidad de vida sin precedentes. Para Piketty, el alto nivel de desigualdad global representa un retroceso en materia de desarrollo económico. Sin embargo, a pesar de aparentar posiciones contrarias, sus propuestas coinciden en la necesidad mantener instituciones fuertes y eficientes que fomenten el crecimiento del sector privado como eje de la prosperidad social.*